

MEDIO SIGLO

Hace cincuenta años, incluso alguno más —porque según he visto, en algún documento consta que el manuscrito del libro se entrega, concluido, en 1973... cuando un servidor ha salío ya de la mili; que eso que se cuenta, lo recuerdo y lo dejo escrito en la primera edición en esta casa Athenaica (Sevilla, 2016)—. Ya ha llovío, y ha escampao incluso en exceso, de entonces a hoy: 12 de marzo de 2025, justo al cumplirse —con exactitud— medio siglo, joé medio siglo, eso es mucho, eso es tela y más tela todavía porque ha pasao en na, digo, cosa de vuelo que recuerda inmedito cómo esta misma tarde, 12 de marzo del año de 1975, se presenta en la librería «El Brocense», de Madrid, el libro *Pepe el de la Matrona. Recuerdos de un cantaor sevillano; recogios y ordenados por José Luis Ortiz Nuevo*.

En aquel tiempo, y aunque ya hubiera hincado el diente antes, en la hemeroteca nacional, procurando noticias de historias famélicas, dadas en el año en que, según se escribió, había muerto de hambre el obrero y poeta astigitano Manuel Balmaseda —con el fin de ilustrar el prólogo de su libro *Primer cancionero flamenco*, reeditado por ediciones Zero (Madrid, 1973)—, no contaba yo, ni por asomo, con el hábito y práctico contubernio, que iba a ir adquiriendo diez años después, con las instituciones que guardan celosamente periódicos vetustos, desde los prístinos a los de hoy. De ahí que ahora, en el empeño de presentar esta nueva edición del libro de Matrona, conmemorativa de su cincuentenario (*si veinte años son nada cincuenta son dos veces y media menos que nada*) tenga a bien, con la aquiescencia de la dirección editorial, incluir en ella una notable colección de textos aparecidos en la prensa, entre los años de 1954 a 1987, por mor del propio libro o de su

personaje cabal: José Núñez Meléndez (Triana, 1887–Madrid, 1980). Entrañable maestro mío, con seguridad, me inclino, a declararle, hogaño, como inductor máximo a que uno, desde entonces a hoy, se haya dedicado con preferencia, en sus horas y trabajos, al género flamenco, a quien, «como cosita propia», tanto amó el cantador sevillano.

Tal inclusión de textos otros, informativos siempre; desde diversas ópticas escritos, mayormente con reverencial respeto, con los que un servidor —en detalles y argumentos suyos—, suele discrepar y discrepa, pero eso —ahora— no es causa, aportan, sin duda, más allá de la glosa al protagonista, un panorámico retrato de lo flamenco entonces, por aquellos años, cuando el veterano trianero cumplía setenta y ochenta (y cumplió hasta 93...); y nos revelan tela de cosas: desde los conceptos remotos que reinaban en las mientes de las flamencomanías patrias, hasta detalles íntimos, incluso escondidos, peculiares de la precariedad y volatilidad y necesidad y perentoriedad propias de la práctica profesional a la que se sometían, se tenían que someter las criaturas del oficio (*probesillo der ques probe / y come por manita ajena / siempre mirando a la cara / si la ponen mala o güena*).

Básicamente se procuran y estimo —disculpen si no comparten—, que se definen y logran dos objetivos. El primero, recordar y fijar aquí ciertos comentarios que se hicieron hace medio siglo, cuando la primera edición en Demófilo, y hacerlo a modo de registrador o de notario, dando fe señoras y señores de lo que se dijo y quién lo había escrito y dónde se publicó; eso lo uno. Y lo otro, mostrar al personaje, al cantador, al hombre andaluz amadrileñado pero andaluz hasta en la sombra que desplegaba el vuelo de su capa cuando íbamos de vuelta a su casa de la calle Amparo y echábamos una paraíta, pa descansar.

Y, claro, con él y por él: las teorías, las averiguaciones, los cuentos, las realidades, los hechos y más hechos habidos con

nocturnidad plena y tremendamente alcohólica, sí con premeditada alevosía. Al cabo un mosaico que muestra caminos y parajes y personas y explicaciones alrededor del cante, más que na del cante, según se contó en medios escritos de aquella época.

Todo eso será de inmediato, pero antes permitidme un previo. Se trata de Andrés Raya, de mi otro maestro, fundador y presidente de Ediciones Demófilo, cuando se publicó la obra; y la persona que me dio acceso a conocer a Pepe. Pues bien, de Andrés, quien pudo ser en ocasiones mecenas del maestro, y por tanto alguien que pudo tratar y trató con íntimo respeto y cariño al viejo Matrona, recupero ahora, al caso que nos importa, dos crónicas que no ha mucho dio a conocer en su blog digital «Flamenco en mi memoria». Se trata de dos entradas alusivas. La primera, de 20 de marzo de 2011:

«Cantar más de 20 soleares para cantar una Soleá»

Una noche, allá por 1971, nos encerramos en el sótano de Casa Gayango una pequeña tertulia para hablar de cante: Pepe el de la Matrona, Antonio Piñana, Manolo el Sevillano, Carlos Aldana (dueño del local), mi amigo el ingeniero de minas Paco Hidalgo, alguien más que no recuerdo, y yo. Ya se sabe que nuestros cantaores no hablan de cante sin apuntarse algún que otro estilo:

—Yo lo aprendí de Fulanito que lo hacía así...

Piñana tenía ganas y nos regaló, con la guitarra del Sevillano, sus conocimientos de mineras, tarantas, cartagene-ras. Pepe lo escuchaba atentamente y en algún momento de nuestra conversación hizo pequeños apuntes por soleá. Mi amigo Paco Hidalgo, le insistía una y otra vez:

—Pepe, ¿cómo era aquello del correo de Vélez?

El Matrona miraba para otro lado fingiendo no haberlo oído y, por mi parte, y por lo bajini, yo le decía a mi amigo:

—Por Dios, Paco, a los cantaores no se les pide nada. Hay que dejarlos a su aire.

Seguimos hablando de todo lo divino y lo humano cuando Matrona, le dice al guitarrista:

—Manolo, toca un poquito por soleá.

Efectivamente, Pepe empezó a desgranar una y otra letra. Más de veintitantas, recorriendo los estilos de Alcalá, Lebrija, La Serneta, Frijones, Paquirri. En un momento, dirigiéndose a mi amigo Paco, le dice:

—Niño, ahora estoy en condiciones de hacer ese cante que querías.

Se marcó un par de letras de esas soleares grandes de Triana, esas monumentales soleares apolás. Nos dejó tan impresionados que no hubo más remedio que levantar la reunión.

Y la segunda, un aporte del peruano José Bentín, amigo de Andrés y de Matrona, dado a conocer el 12 mayo de 2016, tal cual así:

«Crónica con Pepe el de la Matrona»

Estando en «El Catalán» de París en 1970, conversando con el cantaor Rafael Romero, me informó que especialmente había venido contratado conjuntamente con José Núñez «Pepe el de la Matrona», para un programa homenaje en televisión y para grabar un disco. Después de terminado el espectáculo, acompañé a Rafael hasta su hotel y me presentó al «de la Matrona» a quien no conocía personalmente, le propongo conversar al día siguiente a lo que accede generosamente.

No solo en la Antología de Hispavox había escuchado al de la Matrona, durante mi estancia en París adquirí varios discos que grabó allí en diversos años con el

acompañamiento de Román el Granaíno y de Pedro Soler para el sello «Le Chant du Monde». Tengo un gran aprecio por la seriedad y envidia de su arte.

Lo busco como pasada la una de la tarde, salimos del hotel, reniega y requinta —nos han metío en un avión hasta aquí y no nos han adelantao ni un duro, ni para cigarrillos ni ná, ¡que esto no pué sé, así no se trata a los artistas!—, caminamos unas cuadras, pero como no conozco esa zona parisina que es por el Campo de Marte, le propongo entrar a un bistró que me parece aceptable. Vemos el menú y escoge un solomillo (lomo) con patatas (papas) fritas, luego se le antoja un vino tinto y me esmero en escoger un bordeaux bueno. Está ligerito —dice—, ¡no es tan bueno como un tintorro de Rioja! —sentencia—, claro él está pensando en un vino fuerte amaderado, pero los vinos franceses no son así. Pepe «el de la Matrona» tiene el pelo cano, su cara refleja el paso de los años, tiene una nariz pronunciada y sus ojos son vivaces. Mueve la cabeza y las manos al conversar para enfatizar sus puntos.

Pese a vivir en Madrid no ha perdido su acento sevillano. Pedimos antes unos piqueos y enseguida me empieza a hablar de los cantes de Frasco el Colorao, Salvaorillo, Tío José el Granaíno, Chacón, e infinidad de cantaores. Yo pregunto y pregunto hasta la impertinencia y él generosamente con una paciencia admirable me cuenta todo lo que sabe, cómo hacía los cantes fulano de tal, imita sus cantes a voz muy baja para demostrarme cómo era. También habla de las variantes y cómo los cambiaba zutano o mengano, incluye anécdotas suyas y de cantaores famosos, sus opiniones son rotundas, firmes y sin asomo de duda, no hay nada que hacer, sabe de lo que está hablando. Se ha pasado el tiempo casi volando conversando, ya son las cinco de la tarde prácticamente y terminamos de almorzar hace un

rato. Salimos y le invito a un habano y un coñac en un café cercano. La conversación sigue hasta eso de las siete de la noche en que lo acompaño de vuelta a su hotel, me reitera la invitación que ya me hizo Romero, para la actuación al día siguiente a las cinco en Radio Televisión Francesa (RTVF) y nos despedimos. Es increíble la vitalidad de este viejito que ya estaba casi en sus ochenta y cuatro años.

Al día siguiente estoy puntual en el estudio, con mi bolsa deportiva colgada al hombro, con una grabadora escondida, una cámara fotográfica, dos botellas de rioja (aprendí la lección) y dos vasos. Entro al estudio, me dirijo al camarín, saludo a Valencia, Romero y «Matrona», informo de los riojas y Matrona se alegra —¡pues eso es muy bueno para calentá la voz!—, le sirvo una copa. Romero, como de costumbre, dice que él no toma y que no necesita nada especial para cantar, Miguel Valencia toma un sorbo. Conversamos un rato y luego los acompaño hasta el set de la grabación. El programa es de tipo biográfico y el homenajeado es el escritor Romain Gary, lo que no entiendo es que hacen estos dos grandes cantaores en ese programa, quizás tenga que ver con los recuerdos de Gary y su experiencia en España. Yo le sigo dando vino al Matrona y yo por supuesto también tomo. Por allí está también el guitarrista Pedro Soler que ha grabado algunos discos con el de la Matrona, el cual me lo presenta y me sorprende cuando me dice que es arquitecto, porque es raro encontrar un arquitecto que sea a la vez profesional del flamenco.

El set está lleno de luces colgadas por todas partes, cables en el piso y techo, tres cámaras con ruedas que se mueven filmando por el estudio, un piano de cola con un violín encima y otras cosas que por supuesto no se ven cuando se emite el programa.

La parte donde están filmando la entrevista tiene una escenografía de una sala de casa con sus sofás y sillones. El director del programa les dice y advierte que deben cantar cada uno máximo tres minutos. Matrona acota —no es problema, si quiere que cantemos más echamos más coplas, si quiere que cantemos menos echamos menos coplas, usted dirá—, cuando el director da la orden entran al plató, lo que es una sorpresa para el homenajeado.

Después de una breve introducción empiezan a cantar, con la guitarra de Miguel Valencia, va primero una Petenera a cargo de Rafael Romero, que es un cante que él domina a la perfección, en que utiliza su poderosa voz librándola, modulándola y a veces se baja a casi un susurro. Canta estas coplas:

Ven acá remediaora
de mis penas y mis males
que si tú no me los remedias
no me los va a remediar nadie.

Al pie de un árbol sin fruto
me puse a considerar
que pocos amigos tiene
el que no tiene qué dar.

Quien te puso petenera
no supo ponerte nombre
te debían de haber puesto
la perdición de los hombres.

Yo me muevo de un lado al otro detrás de las cámaras de televisión, grabando la sesión y tomando fotos desde varios ángulos, cuidando de no darme un tropezón con tanto

cable por el piso; luego sigue el turno de «Matrona» quien canta unos Tientos. Yo sigo grabando dando vueltas y tomando más fotos.

Cuando yo te vi
tú estabas cuando yo te vi
vestía del color de rosa
mira si estabas hermosa
que me enamoré de ti.

Sombra le pido a una fuente
agua le pido a un olivo
que me ha puesto tu querer
que no sé lo que me digo.

Amparo,
llamarme Amparo
el enfermito busca el alivio
yo lo busco y no lo hallo.

María
María,
los flecos de tu mantón
me están quitando la vía.

Termino de grabar y dando vueltas tomo las fotos finales. Luego hay un pequeño diálogo con Romain Gary, en que le pregunta a «Matrona» que edad tiene —noventaitrés años, dice—, luego sale de la escena y las botellas del rioja son terminadas. Esperamos que termine el programa y el productor nos invita a un ágape allí mismo, donde Rafael Romero es el hombre de la fiesta; con una vitalidad insuperable canta de todo sin descanso, Siguiriyas, Cañas,

Garrotines, Rondeñas, entre otros, está en verdad inspiradísimo y «Matrona» con las justas hace dos cantes pues está algo cansado. La guitarra de Miguel Valencia con sus falsetas sobrias, contra compases y bordones gitanos ponen la cuota exacta de acompañamiento.

Y tras lo dicho, sí que es momento de dar entrada a la hemeroteca. Antes y tal corresponde, agradezcamos a los servidores y servidoras públicos de las salas de lectura de prensa antigua su predisposición y profesionalidad, haciéndonos la mar de fácil el curro que nos da vida y poder encontrar escritos siempre útiles al conocimiento de las cosas. Otrosí a la compañera Ángeles Cruzado por su generosidad indagatoria en las salas digitales y su traducción de textos, así como a los flamencos, de los Países Bajos, Maria Elisa Jansen y Tino Vanders Mas, su gentileza por lo propio.

Lectoras y lectores, pasen y vean. ¡Que lo disfruten!

José Luis Ortiz Nuevo

En Archidona, a 1 de marzo de 2025

PRÓLOGO A MATRONA. DOS

El 12 de marzo del turbulento 2016 se cumplieron cuarenta y un años de la presentación en la librería «El Brocense», de Madrid, de la primera edición del libro *Pepe el de la Matrona: Recuerdos de un cantaor sevillano, recogidos y ordenados por...* quien suscribe. Era el número dos de la colección «¿Llegaremos pronto a Sevilla?», de Ediciones Demófilo, recién fundada bajo la dirección de Andrés Raya, y que contó con una magnífica cubierta diseñada por el malagueño Daniel Muriel y un razonado apéndice —que en esta edición se mantiene— del estudioso y crítico cordobés Agustín Gómez.

Lo más probable es que el inicio de los preparativos fuese en la primavera de 1973, recién vuelto yo a Madrid después de haber cumplido un año la mili en Ceuta. Ya en el foro, gestioné y recibí una beca de quince mil pesetas de parte del Centro de Estudios de Música Andaluza y Flamenco, dirigido por el Conde de Montarco, y establecido en un despachito que había en el Instituto de Cultura Hispánica, donde trabajaba Rocío Lloset. El Centro me concedió también, para las grabaciones, el uso de un magnetofón Huer, alemán, que pesaba como to sus muertos, las cintas precisas; y otrosí la imprescindible tarea de Rocío, quien transcribió a papel las conversaciones que Pepe y yo mantuvimos.

Eso sería por el otoño-invierno del 73 al 74, la mayoría de las ocasiones en el primer piso del restaurán de Carlos Aldana «Gayango», en la calle Núñez de Arce, pleno corazón del Madrid «andaluzado» en aquel tiempo, donde el de la Matrona —según él declaraba— tenía establecida su oficina. Yo solía llegar a la hora del café, y algunas veces también de la copa; a lo que —naturalmente— me invitaba el señor que

había almorzo con el cantador, amigos suyos con dinero, conocidos suyos de las fiestas aquellas que todavía se daban, en fin: clientes de Pepe. Entre ellos recuerdo a un simpático constructor, más que ocasional en las tertulias, y que cuando pagaba la cuenta de la comida y to lo otro dejaba unas propinas fabulosas, se me iban los ojos sin poderlo remediar viendo en el plato qué sé yo, doscientas o trescientas pesetas, de aquella época —yo tieso, con dos o tres duros, si acaso, en el bolsillo—, cuando aún vivía y mandaba el caudillo por la gracia de dios.

En los audios que acompañan esta obra ustedes podrán comprobar ahora la frescura y la potencia de las palabras del cantaor, su bellissimo acento sevillano de fin del XIX que nunca abandonó, su pasión, su gracia, su poderío narrativo, su memoria, su afición, su conocimiento, su experiencia y su versión. ¡Qué deliciosa y tan andaluza manera de pronunciar «cantador» o «bailadora»! ¡Qué modo tan natural de construir su relato! Y no buscaba la gracia o lo superficial sino servir de vero testimonio pedagógico «para las generaciones futuras», Matrona dixit. Claro que no era historiador y hay errores en algunos de sus relatos, descúbranlos si quieren. Pues son solo eso: errores, no mentiras. Pero si prefieren disfrutarlo léanlo así fuese trasunto de novela de costumbres, retrato de un mundo en un tiempo y en los espacios que abarcó su vida, enorme.

Enfrente tenía a un muchacho que recién estaba aprendiendo los rudimentos del flamenco y que se quedaba embo-bao escuchando sus historias, sus palabras, sus expresiones sabias. Lo único que tenía que hacer era tirar y tirar del hilo, revivir recuerdos suyos, situaciones, hechos, de modo que sobre los prístinos argumentos, yo repreguntaba cosas y él las perfilaba añadiendo más y más y mucho más. Así se hizo. Así se grabó. Por tiempo de tres o cuatro meses a razón de una

o dos tertulias por semana. Años después, todo el material impresionado, se entregó al Centro Andaluz del Flamenco de Jerez, siendo su director mi amigo Eduardo Rodríguez, promotor cultural y excelente tocador de guitarra.

De aquellos días, recuerdo uno en el que, después de cumplir con la tarea de grabar, y por mor del constructor del que antes escribí, se prolongó la cosa al atardecer con la visita a un exclusivo y selecto club de ricos madrileños, vamos un casino fetén que me impresionó tela por el confort y el lujo en que se desenvolvían aquellas poderosas criaturas. De allí salimos ya calentitos Pepe, el constructor y yo, no precisamente a descansar. Ciertamente no me acuerdo de cómo empezó después la juerga nocturna, pero sí que a partir de ahí —las diez o las doce la noche— iniciamos un periplo por establecimientos a propósito, que nos llevó de aquí para allá hasta la hora del alba que nos sorprendió en la Venta de «La Titi», antepenúltima estación de la fiesta que al fin acabaría hacia las tres de la tarde del día siguiente, los dos solos, ya cerca de su casa en la calle del Amparo, en un bar de la plaza de Antón Martín donde lucían en su escaparate las ricas tripas llamadas «gallinejas» y en el televisor daban el parte.

Esa desageración imprevista nos llevó inevitablemente al «taller de reparaciones», expresión suya para referirse al periodo de recuperación preciso cuando la fiesta hubiera sido —como ésta— con sobrecargo. En tales ocasiones, según me dijo Enrique Morente entonces, Pepe se sanaba tomando caldo de alcachofas hervidas. Yo eso lo ignoraba y, a pesar de tener él 86 años y yo tan solo 25, tardé más en reponerme; y aún en el disco duro de mi memoria está grabado el dolor de costillas que me duró dos o tres días por los esfuerzos que tuve necesidad de hacer, de rodillas, volcado sobre la bañera, devolviendo lo que mi joven estómago era incapaz de digerir y necesitaba alivio.

No he conocido a hombre con más fortaleza que la suya. Sin duda digno descendiente de su mare, quien, según su propio hijo, para demostrar el ímpetu de su carácter, la definía como «un guardia civil vestió de paisano». Amaba a la libertad con la misma intensidad, o más, que al propio cante. Tuvo parejas estables pero alardeaba de que nunca hubo papeles de por medio. A su modo era anarquista, libertario pacífico. Tenía una fórmula para acabar con el capitalismo: «Que los obreros no tuvieran hijos» y así los dueños se verían obligados a explotar a sus propios niños, con lo cual se colapsaría y vendría abajo el sistema. Sí, eso decía. De lo que nunca habló, ni yo tal vez le pregunté, fue de mujeres. Ni media palabra. Nada de rosa ni de roneo de seductor, que debió serlo.

Aunque muchos entonces y aún ahora dijeron y dicen que el libro son historias y no código, servidor permanece en la idea de que dar a conocer ambientes, situaciones, testimonios vividos, etcétera, etcétera... es una manera adecuada para asomarse al fascinante balcón de lo flamenco. No solamente hay que saber y recordar los cantes, los toques y los bailes sino también dónde y de qué formas se produjeron los hechos, es decir manifestar los sustratos sociales, las aventuras y las desventuras, las ocurrencias, los viajes, las circunstancias de Ortega; o sea todo, o casi.

De otra parte, en aquel histórico 1975, tan lejano y tan próximo todavía, el libro provocó, naturalmente entre sectores de la reacción, tanto flamenca como no flamenca, un cierto escándalo por el uso normal en el lenguaje de la obra de aquellas que se decían palabras malsonantes y que el sevillano —como tor mundo— usaba en su vocabulario, na: coño, puta, maricón y cosas así que, en aquel tiempo, únicamente se le consentían al académico Camilo José Cela; y no a un niño de Archidona que escribiendo así de claro, sin ocultar o prescindir de situaciones presuntamente amorales, no hacía

sino airear la parte negra, lo noctívago y lo canalla, del género «jondo», contribuyendo a su desprestigio entre las gentes; sí, eso se comentó, me consta.

También es cierto que servidor entonces era un veinteañero, recién llegao al gremio, ignorante de mucho, de casi todo aún, y otrosí de lo flamenco. De haber entendío algo más, seguramente hubiese hecho otras preguntas y con seguridad el libro habría tenido tal vez distinta enjundia. Pero no fue así. Las cosas son como son, tal como fueron. En todo caso —y por eso esta segunda edición— no estoy disconforme ni mucho menos con lo que escribí hace más de cuarenta años. Modestamente pienso que, pese a ser un libro de juventud, tiene jechuras y sigue manteniendo frescura y capacidad de provocar asombro. Nada se ha cambiado y creo que sigue en vida. Además, en esta ocasión se han añadido dos apéndices nuevos, uno de imágenes y otro con crónicas de prensa alusivas a Pepe, declaraciones suyas y otros valiosos textos, como, por ejemplo, los enjundiosos escritos de Francisco Gutiérrez Carbajo y Manuel Ríos Ruiz, cuando murió, en 1980, el maestro.

Todo lo contado por Pepe el de la Matrona en aquellas tertulias-grabaciones se reprodujo fielmente en el relato escrito, salvo una cosa, un suceso acaecido en la vega de Triana hacia 1900, cuando el Niño de Manolita, la Matrona, tenía trece años y se juntaba con un grupo de gitanos viejos: se meten de fiesta y el cónclave acaba con la pareja de la guardia civil en el mismo estado de euforia que los flamencos... «Y eso no se puede decir, como tú comprenderás», me advierte. Y yo insisto: «Pero, Pepe si de eso hace más años que de Adán y Eva...». Respuesta suya: «Sí, pero la guardia civil no puede emborracharse». Y yo, de nuevo: «Pero, Pepe...». Y entonces el viejo, con todo su coraje y también con todo su miedo después de haber pasao la guerra y la posguerra, levanta su mano y da un pedazo de puñetazo en la mesa, sentenciando: «¡¡Que

he dicho que no!!». Asunto zanjado. No hay que olvidar que cuando esta historia se rememora estamos en 1973, en declive la dictadura pero aún firme, temible.

Por eso, ahora que estamos en democracia y además con gobierno en funciones, de manera que Pepe no puede temer ninguna represalia, y a nosotros —editores y un servidor— no creo que nos apliquen la «ley mordaza»; me atrevo a publicar —naturalmente con el permiso suyo que lo hablamos la otra noche entre los dos— la verdad y nada más que la verdad de los hechos, mutilada en la primera edición y ustedes verán de qué modo frente a la que a continuación les transmito según mi maestro me la refirió en aquel momento:

Por cierto que me ocurrió una cosa con mucha gracia en una de estas giras. Llegamos a una venta que le llamaban la venta El Rubio, en el camino de San Juan. La venta El Rubio se componía de cuatro o seis palos, esteras viejas y latones; de latas viejas había hecho el hombre su industria allí, su taberna y un mostraor, con cuatro tablas. Venga, venga litros de vino. Y había hecho, como un apartamento, con otros cuatro palos y una escalerilla de esas de los albañiles, pa subir al reservao ese, que también era de esteras y latas sucias, en fin, pa qué voy a hablar: no tenían ni anea los asientos. Bueno, pues vámonos parriba, a cantar y a divertirnos. Cogieron aquellos hombres una borrachera tremenda.

Y me asomo a la ribera del río y veo allí er pellejo blanco y negro de un gato y la cabeza, una cabeza de un gato así y er pellejo; y era verano. Y se me ocurre desirle al Rubio éste, que guisaba bastante bien, vamos los guisos que se pueden hacer en esta forma. ¡Rubio! le digo. El Rubio tenía allí colgao un chivo, un chivito, negro. Le digo: ¿Ese chivo de quién es? Dice: ¡Mío! ¿de quién va a ser? Y le digo yo ¿cuánto nos lleva usté por guisárnoslo con arroz? ¡Seis

pesetas! Pues guíselo usted. Total, no subimos arriba, nos comimos el arroz con el chivo, y a beber se dijo y a cantar. Y llegó la pareja de la guardia civil; esto no se pué decir porque... ya mentar lo que viene no, no quiero que lo pongas, pero lo voy a explicar, el caso de estos señores: estábamos cantando y llega la pareja, la que hacía el recorrió de San Juan de Aznalfarache, y le dice al Rubio: ¿Quién está arriba? ¡Hombre! unos cuantos, tres o cuatro o cinco personas, gitanos de la Cava, pero son trabajadores, y un muchacho que le llaman el Niño de la Matrona, que canta.

Y me asomo así y digo: ¡Rubio, convida ahí a la pareja! Le largan un zambombazo, y venga cante. ¡Rubio, échale otro vaso! y un plato aceitunas, y otro vaso y otro, total que se puso la pareja ya graciosa, tenía puesto el tricornio así de lao. Y se le ocurre a uno de los civiles subir. Y me acuerdo que mi compadre el Chulito estaba con una borrachera mu grande y yo no sé qué se había figurao el civil que lo habíamos llamao, y se asomó así el hombre por la escalerilla, con el fusil cargao, ¿Quién me llama? Y cuando vio el Chulito que era el tricornio de un civil, dice: ¡La muerte! Y hace así er civil: ¡Pabajo tor mundo! ¡Pabajo tor mundo! Y nos vamos pabajo. Le decía yo a mi compare: ¡Pero hombre! ¿Cómo se le ha ocurrió a usted? Dice: Yo qué sé, compare... Total que bajamos abajo y el guardia: ¿A quién se le ha ocurrió decir eso? Dice el otro: Hombre yo, pero yo no lo he dicho con intención, porque yo los quiero a ustedes mucho, a los civiles. Dice: bueno eso lo va usted a decir en otro lao, y ya el gitano se vio que se lo iban a llevar al cuartel. Dice: Mire usted don civil yo es que los quiero mucho a ustedes, yo soy un buen hombre, que lo diga aquí mi compadre... y ¿ese es el compadre de usted?, total que el guardia civil se dio cuenta y siguió la broma. Nada, eso hay que rectificarlo, ¿por qué voy yo a llamar a la muerte? ¿qué frases son esas?

Bueno, vamos a ver hombre, le decía yo: guardia, mire usted como está el hombre; y el Rubio: hombre, pobrecito mío, mire usted como está el pobre hombre... y los otros más viejos que tenían ochenta y ochenta y tantos años le decían a mi compadre: ¡Pero bueno! ¿Qué ha hecho usted? ¿Pero qué es lo que ha hecho usted? Total, pa abreviar, que ya al civil le vino la risa, era un chiquillo, y le digo ¿Quién es el jefe de pareja? Y dice uno: yo. Y mi compare: Mire usted mi general, se lo juro a usted por el niño y por mi compare que es un dios, que yo lo vea en cuatro velas, que yo no tengo la intención de desearle a usted la muerte porque yo los quiero a ustedes mucho, mucho, mucho. Y ya el civil no se pudo aguantar y empezó a reírse y ya el gitano se vio aliviado que no le iba a pasar na.

Pero ya yo viendo el cachondeo de la pareja, le digo al Boti, al más viejo: Oiga usted Boti, venga usted acá. Dice: ¿Qué quiere usted? Asómese usted ahí, la ventilla estaba pegada a la orilla del río, asómese usted ahí al barranco y vea lo que ha hecho este pícaro de Rubio, por el ventero, mire usted lo que nos ha guisado en vez del chivo. ¡¡Me cago en todos sus muertos!! Delante la guardia civil. Y se va pa otro de los viejos, al Cano, sacando una faca de una cuarta o más, delante la guardia civil; le dice: compare de mi arma tome usted y córteme la cabeza por el tronco, que no quiero morir jarto de garrapañí, ¡me cago en todos sus muertos de este hijo de la gran puta que lo voy a asesinar! Y el guardia: ¡suelte usted eso! ¡Pero hombre! ¿Usted sabe lo que ha hecho este pícaro de Rubio con nosotros? El Rubio venga a correr y él detrás, y los guardias: ¡¡Oiga!! ¡¡Oiga!! Y ya los otros: ¡¡Compare, pare usted que le va a disparar el undunai!!

Total, hace así el guardia: ¡Tire usted eso al suelo! Tiró la faca. ¡A cachear a tor mundo! Cachean: el uno una pistola del quince con dos balas, el otro la faca, el otro una navaja;

encima el mostraor; y el civil le dice al Rubio: ¡Coja usted eso! porque no me llevo esto al cuartel porque pa llevarme esto me los tengo que llevar a tos palante y usted comprenderá que esto son bromas... Digo: mire usted, esto ha sío una broma, tranquilícese usted, es que yo he ido a orinar y he visto el pellejo ese y se me ha ocurrió decirle a este eso en broma. Y er Boti: ¡Pero hombre, a mí jartarme de garrapañí con el vino que tengo en el estómago! ¡No, hombre, que ha matao al chivo! Rubio enséñale el pellejo, y ya vino el hombre con el pellejo, y se convenció. ¡Pero hombre, estas bromas no debe gastármelas usted!, me decía. ¿No piensa usted en jacerme daño y buscarme yo mañana estar muró? ¡Hombre, por Dios! ¡No haga usted caso! Se arregla la cosa. Ea vámonos pa Triana, con tor vino y er chivo que nos habíamos comío. Y le digo yo al guardia:

¡Hombre! Mire usted guardia: Usted verá que esto son cosas de bromas, que esto no tiene objeto, y a pesar de que era un chiquillo pero empecé a darle coba a la pareja; y la pareja lo vio, si la pareja se reía más que nosotros... Y le dice al Rubio: Coja usted toas esas herramientas y mañana las lleva usted al «jueves» y las larga por lo que le den... porque si yo me llevo esto al cuartel tengo que llevármelos a ustedes y entonces ya va ir la cosa más palante... y no va a pasar por broma, porque eso no se puede llevar, decía él con razón, eso no se pué llevar encima, ¡eso es de asesinos!

¡¡Por Dios, Guardia!! ¡Que yo soy incapaz de matar una hormiga, guardia! Y llevaba una faca así... Eso me lo echo yo encima de vez en cuando pa cortar una cuerdecilla ¡Que yo soy incapaz de matar a una hormiga! ¿Y esta pistola? ¡Si yo no sé ni quién me la ha dao! Bueno, Rubio, se encarga usted de eso, mañana lo lleva usted al «jueves» y se desprende de él, lo vende o lo que quiera pero que no se sepa de esto... porque si no va a ver que llevar las cosas más palante —¡por

eso te digo que esto no se puede poner!—, y ya luego, le digo yo al Rubio: Bueno, Rubio, guarde usted eso y mañana cuando vengan les da usted a cada uno sus herramientas, porque eso es su defensa...

Así que ya lo saben. Así fue de principio a fin aquella fiesta. Que esta reconsideración sirva para acercarse incluso más cariñosamente al personaje: Don José Núñez Meléndez, «Niño de la Matrona». Agnóstico respetuoso con creyentes y no creyentes, solía emplear siempre una frase para referirse a lo trascendente: «Dios o la Naturaleza», como diciendo que cualquiera de las dos opciones pudo ser autora del universo mundo. Yo la he heredado y la utilizo bastante cuando digo «Si Dios o la Naturaleza lo consienten», ¿Y qué más da, Pepe? Pero sí, es una señal de educación y de respeto que yo comparto. Y verla ahí que por mor suya ahora me dirijo a ustedes, lectoras y lectores, y de todo corazón les digo: «Que Dios o la Naturaleza» le acompañen y le den salud y tiempo para leer y oír en este turbulento hogaño algunos de los recuerdos del enorme cantador sevillano, maestro mío, al que tanto quise y quiero tanto.

José Luis Ortiz Nuevo
Archidona, 1 de septiembre de 2016

ESTE LIBRO FUE POSIBLE gracias a la subvención económica del Centro de Estudios de Música Andaluza y de Flamenco que dirigía el Conde de Montarco, y que tiene su sede en el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, bajo los auspicios de la UNESCO. El Centro proporcionó también todo el material necesario para la grabación de las conversaciones con Matrona realizadas en casa de Carlos Gayango, a quien ocasionamos no pocas molestias, recibiendo por su parte, y por la de sus empleados, todas las atenciones y facilidades.

En las tertulias flamencas completamos los capítulos más entrañables de estas Memorias, contribuyendo a ello singularmente los queridos amigos Obilo, Ruano, Rafael Uceda, Félix Moro y Alfonso Vallejo.

José Blas Vega nos proporcionó material bibliográfico y notables sugerencias para el trabajo a realizar.

Agustín Gómez realizó el excelente epílogo que se ofrece al final de la obra.

Y Rocío Lloset, que fue, desde la prehistoria hasta el final, el alma proletaria y espiritual de todo esto.

A todos ellos, en el nombre de Pepe el de la Matrona, y en el mío propio, sencillamente,

GRACIAS.

PRÓLOGO

... Y es que son ochenta y siete años de sangre sevillana entre las venas, ochenta y siete propiciatorias noches para ochenta y siete amaneceres

de cante

de vino

de pena

de alegría

ochenta y siete enormes gritos terribles que nacen de la tierra
que maman de la tierra
y que se van al viento

a compás:

un, dos, tres,

el cantador;

un, dos, tres,

por el amor;

un, dos, tres,

por el dolor...

Y nació Matrona con un león en las entrañas; con un toro bravo, indomable y libre

con alas para volar

con valentía para hablar

y con todo el sentimiento para cantar.

Era por el verano de mil ochocientos ochenta y siete y en Sevilla: Miseria en las esquinas y riqueza en los palacios; Silverio en el cante; el Espartero en el toro; y en la calle: pregones, veladas... y anarquistas. Demófilo ya ha publicado —1881— la colección de «Cantes Flamencos» y en ella nos recuerda aquello de los cantones del setenta y tres:

Er día e las barricás
era un dolorsito mare,
ber los gachés currelá.

Y en la Corte, un malagueño sostiene las andaderas de la restauración borbónica.

Poco tiempo después, el niño de Manolita, la Matrona, comienza a escaparse por la vida:

El Chulito lo hace padrino de su churumbel
Andana, cantaor casi profesional
y él: a preguntar, a preguntar, a preguntar...

«Porque a la escuela hay que ir.»

Escuela de los más viejos maestros
sin pupitre ni pizarras:
cuatro sillas, cuatro mesas,
y vino sobre ellas
y cante
y madrugá.

Y ya en la vida:
un marqués
presumiendo de saber;
y un gitano
con anillos
y con manos;
y un esperpento,
alemán,
más horrible que un tormento

de la inquisición.

Con D. Antonio aprende a cantar

a saber estar

a respetar

y a lo que los hombres de juicio llaman

tirar

el dinero
sin pensar.

Y... a Madrid:

¡Oh! aquel Madrid
aristócrata y señor
de nobles terratenientes
burgueses y buena gente
en todas las madrugadas
con las estufas de cok
para el golfo y el ladrón
y las ricas gallinejas
y las chuletas de huerta
y los fornidos valientes
que se rompían los dientes
sin ton ni son...

¡Oh! aquel Madrid.

Y de Madrid a La Habana,
y de allí a la revolución

«Y Pancho Villa se sentó en el sillón de la República.»
Vuelto a España, la enferma burocracia le salva de la barriga de
los tiburones, y de nuevo a cantar para seguir siendo,
para seguir viviendo,
para seguir comiendo,
para seguir bebiendo.

Luego Madrid le acoge ya casi para siempre:

el Madrid en el
que el dictador Primo de Rivera obedece escrupulosamente sus
propios mandatos; y en el que el demonio radical de Lerroux
mete también la pata en estrictas cuestiones de flamenco.

Por aquellos tiempos, Matrona es un poco el contrapunto-
realista-cachondo-a-su-manera-o-Sancho, de un Quijote ex
seminarista y tocador de guitarra que se ha engolfado con la
nobleza y se empeña en ser el Duque de Belinchón.

Es, a pesar de todo, un Madrid que se prepara para la guerra, y a los vencidos cantará Matrona:

Oí cantar a un preso un día
y decía en su cantar:
cuándo llegará aquel día
que goce de libertad
p'abrazar a la mare mía.

Luego, todo se hace como un oscuro tiempo de silencio...: «Y ahí me quedé hasta que Perico el del Lunar vino con lo de la Antología.» Y de ahí, p'arriba, p'arriba, p'arriba... Europa, América y otra vez Andalucía...

Y es que son ochenta y siete años de sangre sevillana entre las venas...

Ochenta y siete fanegas de realidad que se han decantado en este pequeño montoncito de recuerdos ahora recogidos. Y los recogimos día a día profesionalmente, con paciencia y con el esfuerzo de remontarnos, de remontarse él, hasta esas ya misteriosas historias que sus tíos le contaban de cuando ellos eran muy chicos y el Tío Rivas vivía por Triana...

Y desde ahí fuimos magnetofonizando para siempre memorias y memorias de otros tiempos, de otros hombres, de otras noches interminables para unos y de otros días sudorosos, ocultos y amargos para aquellos que sólo podían pagarse un café de treinta y cinco céntimos si acaso, y asistir a un solo pase en el Burrero, en Novedades y, por supuesto, no penetrar jamás en el reducto aristocrático de Fornos.

Y todo ello presente en la prodigiosa memoria de Matrona, vivo como en la primera ocasión, como en el primer alumbramiento del primer cante y la primera borrachera.

Y es que el secreto de este viejo sevillano está en vivir siempre en desafío, en la íntima aventura de comprar una cama

en el Jueves y marcharse otro día a tomar café a La Habana; y así todo, naturalmente, valientemente, con el solo y decisivo esfuerzo de decir sí o decir no y echarse a caminar. La vida le marcó la verea del cante y en ella buscó siempre sin cansancio las más hermosas latitudes para su libertad. Y las encontró, y las encuentra hoy y mañana en cada viejo y nuevo grito de su arte¹, en el asombroso poder de su garganta, la inquebrantable fuerza de su voluntad, la lucidez extraordinaria de su cabeza y la afición...

(Hace años, la muerte —creyó él— quiso hacerlo compañero, y cuando pensaba que aquellos eran los últimos momentos, su íntima e imperiosa exigencia fue que tocaran a su lado una guitarra para irse con el sabor ceremonioso y flamenco de un toque por soleá.)

Así su vida es un hermoso duelo con la naturaleza, una dominancia alegre y serena de la que de vez en cuando le asaltan esos siete leones que lleva en las entrañas, o ese guardia civil vestido de paisano que era Manolita, aquella matrona de Sevilla que lo parió.

* * *

El día, o mejor la noche, que yo conocí a Matrona fui con el propósito de ofrecerle la presidencia del jurado en un concurso de letras por seguiriyas que preparábamos en Archidona. Era por Madrid y en mayo, en Gayango hablaban de toros.

Nos presentamos y empezamos a beber tinto de la casa. Por supuesto que aceptó el enojoso ofrecimiento y lo sentenció con la firmeza de las columnitas del templito de Salomón: —Yo iré a Archidona, y cuando yo digo una cosa la cumplo.

1. Al final de estas memorias hay un exhaustivo juicio sobre la personalidad artística de Matrona, realizado por el crítico de cante Agustín Gómez.

Hablamos, habló él de lo suyo, y cuando nos estaba acercando el nunca deseado final de aquel coloquio, se presentó la ocasión de oírle cantar a su misma vera.

Bajamos a la cueva, sin concertar cante alguno ni fiesta; tan sólo convinimos en la tranquilidad del lugar y en el cambio del vino; nos pasamos al jerez y quizá fuera porque estaba muy frío, pero lo cierto es que el viejo comenzó a ponerse blanco, blanco, y nos preocupamos por haberlo trastornado, al parecer, seriamente; —no lo conocíamos— dos cafés negros, negros, le fueron suficientes y, ya recuperándose, fue mezclando agua y güisqui en proporciones cada vez más ventajosas para el alcohol escocés, hasta que en un momento prescindió del agua y comenzó a cantar:

Trompezón que yo di
y a mí la gente me murmuró,
otros trompiezan y caen
y no los murmuro yo...

—Me he sentío mal, mal; pero ahora con el café y el güisqui me he recuperao, y pa celebrarlo voy a cantarles a ustedes... y cuando ya era de día, todos nosotros rendidos, medio hartos de vino y de cansancio, nos sentimos ridículamente sorprendidos por aquel viejo que porfiaba por seguir la noche donde fuera.

De aquello hace ya dos años, y desde entonces, siempre que he tenido la dicha de vivir con Matrona por las noches, siempre me he quedao asombrado por la monstruosa vitalidad de D. José.

Estando ya acuestas con la grabación de las Memorias, en uno de esos días en que el trabajo se hace casi impracticable por obligadas circunstancias, comenzamos —serían las cinco de la tarde— una confusa y güisqueada tertulia en la que tan

pronto se pasaba de la sexualidad reprimida de los españoles a la adivinación del porvenir o las excelencias de un horrible programa de televisión española.

De allí, calientes ya por alguna que otra discusión y por el alcohol abundante y generoso, nos fuimos a un extraño establecimiento —al menos para mí— en el que unos hombres servían reverencialmente y otros hacían construcciones, negocios y dineros...

Allí mismo nuestros anfitriones callaron cuando Matrona cantó por malagueñas:

Muerto tengo el corazón
desde que moriste tú,
me llevo de noche y día
llorando al pie de una cruz
con la esperanza perdía.

Y ésta ha sido la vez en que yo —no sé por qué, o quizá sí lo sepa, pero perdonen que no publique el motivo, no es ni mucho menos necesario— he oído cantar a Pepe con más dulzura, con una exquisita musicalidad, con el grito amorosamente consumido, casi tarareando, con una belleza que me conmovió...

Abandonados luego a la deriva de una madrugada madrileña, él y yo, ya solos, continuamos caminando, buscando excusas para seguir la fiesta. Entonces éramos dos gozosos y solitarios compañeros de la noche y el silencio. Silencio en el monstruo dormido y en todas sus tabernas.

—Pues vamos a ver a la Titi.

—Pues vamos.

La Venta del Palomar, o de la Titi, es una hermosa ermita para los fervientes de la madrugada. Y la dueña es la señora de aquel santuario propiciatorio para el cante, el vino y la

libertad del grito sin miedo a vecinos y agentes protectores. Pepe el de la Matrona es allí como un venerable santón al que se quiere y se rebaja el precio de las cosas.

Nos reservamos, nos bebimos dos botellas de Riscal y yo me comí un conejo.

Eran pasos a la intimidad, al sosiego, al encuentro de ese Nirvana que da el vino bien bebido, cuando el cuerpo está como flotando en el propio cansancio, rendido, y el espíritu no obstante es libre para fluir serenamente y se escapa de nosotros con palabras nunca presentidas, con entrañables sentimientos...

Pepe me hablaba de su vida que es el cante, y de las otras vidas que son el amor y la amistad y las gentes y más gentes, y también hablamos de política y de libertad.

Allí cantó, me cantó en virtud de la verdad, en virtud del arte, en virtud de su vida buscando siempre unir lo uno con lo otro. Toda su expresión era la de una generosidad sencilla y grande, comunicando, dando todo lo que sabía, todo, aquellos cantes apuntados tan sólo con un débil rescate de silencio, aquella humanidad la de sus ojos queriendo transmitir, la sonrisa para el recuerdo placentero y el dolor en las arrugas de la cara y en las manos el compás, siempre el compás...

Para mí era como redescubrirlo después de tantas sesiones magnetofónicas, comprenderlo en su verdadera y total autenticidad, admirarlo en su insobornable fortaleza de carácter y en su extraordinaria sabiduría natural. Era como revivir todas las aventuras recontadas a la luz de una nueva experiencia, honda, desnuda, fecunda, para que mi respeto se fuera trocando en amistad y mi amistad en un cariño dichoso y espontáneo.

No pasaba el tiempo mientras él volvía sobre viejas historias, esas historias que él cuenta siempre igual y siempre diferentes, y en las que su inextinguible acento sevillano es un

acorde compañero de la fluidez narrativa del cantaor. (Si Pepe no hubiera sido cantaor de flamenco, eso que ahora llaman el «boom» de la nueva narrativa andaluza sería ya un recuerdo literario después de la obra precursora de Matrona.)

Y así se nos vino el día encima. Madrid estaba ya a punto de ser despertado, y en las brumas que aún nos envolvían por la Dehesa de la Villa se respiraba un cierto aire marinero lejano al monstruo castellano. Cuando llegamos a la Puerta del Sol todavía nos quedaba un poco de dinero y no hubo consulta alguna para gastarlo. De nuevo volvíamos a esas callecitas tabernarias en las que, día a día, todos los provincianos españoles invaden el mito de la capital del imperio. En la ronda fuimos a parar a un viejo cafetín, allí nos dieron café, allí un malagueño amigo viejo de Matrona nos regaló dos puros que encendimos, y allí una desgraciada y pobre puta fea trataba de besarnos; al salir un siniestro personaje barojiano se empeñó en enseñarnos una enorme cicatriz en el costado mientras nos aseguraba que si no lo protegíamos, uno que había dentro le iba a dar otra puñalá.

¡No sé yo quién se creería que éramos nosotros!, pero no creo que nos confundiera con gente de la policía: el viejo, embozado en su capa, su sombrero y una deliciosa sonrisa del más exquisito cachondeo. Y yo emboinado, barbudo y con una larguísima gabardina teñida de azul y de años. Así íbamos calle a calle, muy despacio, dejando a nuestro lado a la gente silenciosa, sombría y soñolienta. —A mí me dio un poco de mala conciencia—. Por ventura, en el camino descendente hacia la calle del Amparo desde Tirso de Molina, aún tuvimos una nueva recalada, y otra, y otra: bebimos primero del aguardiente, luego del vino en una antigua y verdadera taberna que se me figuró uno de aquellos malditos nidos de liberales en el otro siglo; por fin conseguimos llegar al medio día y cuando ya era casi ineludible el tropiezo con la «Amparo»,

aún tuvimos una última voluntad, perdimos el lógico camino y fuimos a dar con una taberna bien conocida por el viejo, en la que nos dieron un poco más de tinto y conversamos con unos cuantos vecinos de Pepe, merodeadores del aperitivo proletario, el dominó y las quinielas.

Cuando acabamos la penúltima copa, un señor en la televisión dijo que eran las tres de la tarde...

Luego fueron precisos algunos días, pocos, de descanso —más por mí que por él—, y de nuevo proseguimos la tarea de seguir archivando nuevos recuerdos viejos, nuevas memorias...

* * *

Y siempre Rocío era la compañera inseparable de todas las grabaciones, yo indagaba en torno a puntos y referencias conocidas y D. José seguía tranquilo el hilo de su vida. Rocío transcribía después, literalmente, las conversaciones grabadas, y sobre ellas yo me ponía a ordenar por fechas, estructurar capítulos, temas, y así respetando siempre el relato natural de Pepe, su lenguaje verdadero. Y es que es una pena que este libro no sea escuchado en vez de leído, porque si bien se ha intentado traducir lo más fielmente posible las palabras tal como fueron pronunciadas, resulta del todo imposible darles en el papel la misma frescura, el mismo sabor sencillamente inigualable que ellas tienen en la voz de Pepe el de la Matrona.

En otro sentido, quizá convenga aclarar la naturaleza del libro. En principio no se trata de un tratado de flamenco, no pretende serlo, y su principal fin —al menos así lo concebimos— es el de dar a conocer —por lo que ello pueda tener de interesante— la vida de un profesional del arte jondo, y a su través algo de ese mundo medio oculto y topificado que existe alrededor del cante. Es por ello por lo que todas las

anécdotas, las pequeñas historias y las descripciones más insignificantes adquieren valor de informe para el conocimiento de la siempre paradójica realidad flamenca, sobre todo en lo que de ella abarca la vida de Matrona. Es, desde luego, una sincera aportación a la intrahistoria de la juerga y del origen social que la permite, un testimonio de un hombre que ha vivido siempre, siempre, por y para el cante, y ha podido ser, comer, beber y disfrutar con su trabajo en el cante.

No es un libro de flamencología, ni de sociología del flamenco. Se trata sencillamente de los recuerdos de un cantaor sevillano que por su edad y su conocimiento nos puede legar este tesoro íntimo de su historia personal, intransferible.

Por supuesto que en el libro no se dice todo, no se apura al máximo; por supuesto que siempre y en la vida de toda persona hay regiones incommunicables, regiones voluntariamente olvidadas y otras que se han muerto en el recuerdo; por supuesto que hay también otros momentos, otras circunstancias que no hemos sabido reencontrar en la memoria de D. José. Y es que para conseguirlo, para exprimir todo el jugo de la experiencia y sabiduría de Matrona es necesario ser tan viejo y tan joven como él, tan flamenco y tan apasionado por el cante como él, tan testarudo y razonable como él, para discutirle cuando sea necesario... Y eso es muy, muy difícil.

Y nada más, que sirva esta autocrítica como última razón de este prólogo.

J. L. Ortiz Nuevo

I.

ESTOS SON MIS RECUERDOS

SEVILLA (1887-1906)

I. MIS PRIMEROS RECUERDOS

A mí me contaba mi tío José que cuando él era muy chico, con ocho o nueve añitos, el tío Rivas en Triana reunía a unos cuantos chiquillos, en verano, y se iban allí a la muralla, al fresco; y los chiquillos, uno con tres céntimos, otro con una monea de dos cuartos, le reunían pa un ocho de aguardiente. El hombre se cogía su ocho de aguardiente, se lo iba bebiendo poquito a poco y les iba contando algunos cuentos, algunas historias de cante y corríos y nanas de su raza, lo que ellos conservaban o lo que ellos habían oído; y claro, los chicos contándoles esas historias se queaban dormíos, y él también al mismo tiempo, con el aguardiente y el fresquito.

Salían los padres buscando a los niños:

—Hombre, ¿dónde estará mi niño?

Y algunos padres se encontraban con otros que ya los llevaban acuestas pa su casa.

—¿Qué pasa?

—Mira, ha estao con el tío Rivas, yo ya me llevo al mío.

Iban y los recogían sus padres y se los llevaban a dormir.

Y estas cosas me las contaba a mí mi tío José de cuando él era chico.

De este tío mío, que murió hace cincuenta y ocho años, ya con noventa y siete, y de otro hermano suyo más chico, eran de los que yo me documentaba de algunas cosas porque eran muy aficionaos. Eran hombres que trabajaban, no eran artistas, pero se las sabían toas y me asesoraban algunas cosas cuando me oían cantar.

Luego, cuando me fui haciendo amistades con los profesionales viejos, me daba por preguntar a todos estos señores